



PAZ Y BIEN



XXII Domingo durante el año

30-VIII-2026



Textos:

Jer. 20, 7-9

Rom. 12, 1-2

Mt. 16, 21-27

“El que quiere seguirme que renuncie a sí mismo”

Después que Pedro proclama la verdad sobre Jesucristo, el Señor presenta el programa decisivo de su misión: Su pasión, muerte y resurrección. De esta manera define las características del camino discipular y les proponía: *“El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga”* (Lc. 9, 23). De esta manera les enseñaba que ser sus discípulos significaba ponerse en el camino de su seguimiento y cargar con la cruz. Al poner ante sus ojos la silueta de la cruz, ellos, sobre todo Pedro, comenzaron a no entender y a quedarse atónitos, sin palabras (cfr. Lc. 9, 44-45; 18, 31-34). La respuesta de Pedro, sin duda motivada por un amor humano desmedido, fue la del rechazo y hasta del escándalo; de esta manera Jesús no sólo causa escándalo en el mundo sino muchas veces en la misma Iglesia.

Pedro vuelve a ser el personaje *“símbolo”* de aquellos que, reconociéndonos discípulos del Señor, y reconociendo el rostro de Dios en Jesús, frecuentemente no comprendemos que la sabiduría divina pasa a través de la humildad, el sufrimiento y la cruz, que es signo extremo de la comunión con Jesús, con nuestros dolores, con nuestras miserias y, en definitiva, con nuestra realidad de la muerte (cfr. Flp. 2,7-8).

A Pedro le ocurrió lo que a nosotros algunas veces en los momentos en que nada parece claro: ¿Esto es a lo que somos llamados? ¿Esto es lo que Dios quiere de mí? Es el momento en que todo se oscurece y no se entiende nada.

Se le presenta a Pedro como algo incomprensible, como un misterio mucho más allá de sus expectativas, de sus sueños, de sus esperanzas; por eso reacciona y dice: *“Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá”*.

Como a Pedro, también para nosotros, el gran desafío en el seguimiento de Jesús es comprender que nuestro amor por Él debe ser purificado. Para Pedro fue la gran prueba de su camino y de su apego a Jesús.

De esta manera el Apóstol es probado, como lo somos también nosotros, este es el camino de la madurez religiosa y debemos comprender, como él, que *“el apetito de Dios no es siempre el apetito según Dios”* (M. Unamuno. *“La agonía del cristianismo”*). San Juan de la Cruz nos habla del *“apetito de Dios”* (*Subida al Monte Carmelo*, libro I, cap. X). Y este apetito de Dios, cuando Él no lo inspira, es decir, cuando no viene de la gracia *“tiene la misma sustancia y naturaleza que si fuera acerca de materia y objeto natural”* y *“no es más que natural y lo será si Dios no lo informase”* (*“Llama de Amor Viva”*).

Para encontrar a Dios no es necesario correr mucho fuera de nosotros sino entrar en nosotros y allí encontrarlo. Así como San Agustín, que lo buscaba en muchas partes y que lo vino a encontrar dentro de sí mismo: *“Habiéndome convencido de que debía volver a mí mismo, penetré en mi interior, siendo tú mi guía, y ello me fue posible porque tú, **Señor me socorriste**. Entré y vi con los ojos de mi alma, de un modo u otro, por encima de mi mente, una luz inmutable”* (de las Confesiones, Libro 7,10). Así el Santo Doctor reconoció que a Dios se lo encuentra en lo profundo de nuestro ser al afirmar: *“...tú estabas dentro de mí y yo fuera”* (id).

A esto el Señor nos invita, a entrar en nosotros, conocernos, renunciar a todo lo que nos impide seguir a Jesús. Por eso Santa Teresa le pedía a Dios: *“Pruébanos, tú Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos”* (*Concepto del Amor de Dios* C. VII. 1). Y agregaba que: *“no es necesario alas para ir a buscarlo, sino ponerse en soledad y mirarlo dentro de sí”* (*Ed. Crítica de las obras de Santa Teresa* por el P. Silverio de S. Teresa T. VI. p. 213). *“Evagrio Póntico (S. IV), uno de los padres del desierto, nos pregunta: ‘¿Quieres conocer a Dios? Aprende a conocerte a ti mismo’. Sin este conocimiento, estamos siempre en peligro de que nuestra idea de Dios sea una pura proyección de nosotros mismos”* (A. Grün, *“Sabiduría de los Padres del desierto”*).

La experiencia de Pedro nuevamente nos enseña que no son nuestros criterios los que manifiestan la verdad sobre Jesucristo, sino que el contenido de nuestra fe es la verdad revelada por el Señor; es decir, que el *“sentido religioso espontáneo no es criterio de verdad, sólo es una necesidad de verdad”* (G. B. Montini. *“Sobre el sentido religioso”*).

Tenemos que cuidarnos del influjo secularizante del ambiente y recordar que ser testigo de Cristo supone hacer carne la recomendación paulina: *“No tomen como modelo a este mundo”* (Rom. 12, 2). Junto con esta

recomendación, se debe dar nuestra transformación interior, la renovación de la mentalidad, para poder discernir cuál es la voluntad de Dios.

Debemos estar atentos y vigilantes pues podemos ser obstáculos, dique que falsee el testimonio de la verdad sobre Cristo y su misión y que Él nos diga como a Pedro: *“¡Apártate de mí Satanás! Tú eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino de los hombres”*.

El Señor nos llama a seguirlo, pero no nos engaña y nos pide que: *“El que quiera seguirlo, que renuncie a sí mismo, que cargue su cruz y lo siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; y el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará”*. A esto nos alienta Teresa de Jesús: *“Aventuremos la vida, pues no hay quien mejor la guarde que el que la da por perdida”* (Poesías).

San Juan Crisóstomo pone en boca de Jesús su intención de respetar nuestra libertad: *“...Yo no los esfuerzo, ni los obligo, llamo solamente a los que quieran seguirme. Y no crean que ‘seguirme’ significa lo que ustedes han hecho hasta ahora, acompañándome en mis peregrinaciones. Es necesario que soporten muchas fatigas, innumerables peligros, si quieren verdaderamente venir detrás de mí... Cuando Cristo más ama un alma, tanto más quiere que ella contribuya con su fuerza a la propia gloria y no sólo la obtenga gracias a su ayuda”* (In Mtth. 55, 1).

Pidamos al buen Dios, frente a las exigencias en el seguimiento de Jesús, nos conceda la gracia que renueva nuestra mentalidad de tal manera que desterremos de nuestra inteligencia y voluntad todo criterio mundano, y así poder aceptar la verdad sobre Jesús y discernir su santa voluntad, *“lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto”* (Rom. 12, 2).

Amén.

G. in D.